JOSÉ PABLO FEINMANN

# LA FILOSOFÍA Y EL BARRO DE LA HISTORIA

CLASE N° 46

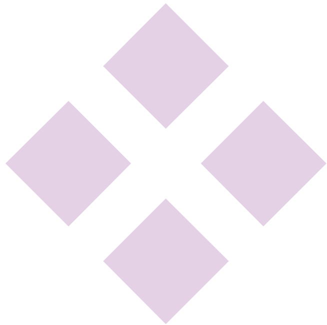
## EL FIN DE LA POSMODERNIDAD



QUÉ ES LA FILOSOFÍA

Una introducción al saber de los saberes

Suplemento especial de Página/12



Vamos a meter –de entrada– a los posmodernos en el barro de la historia, algo que seguramente no les habría gustado. Admito, también desde el vamos, que el título de esta clase tiene un tono irónico. Hay un libro de Gianni Vattimo (uno de los principales pensadores posmodernos, verdadero animador de esta corriente) que lleva por título *El fin de la modernidad*. Se saboreaba en el clima posmoderno esta muerte de la modernidad. Era la muerte de muchas cosas que acaso para quienes la decretaban ya eran incómodas: el compromiso político, el testimonio, la revolución, la historia, la densidad de las cosas, el peso insoportable de la ética, el imperativo irritante del deber, las historias de los mártires del pasado, etc. Ya veremos otras. De aquí que esta clase se llame *El fin de la posmodernidad*. Un título que no disfruto, como sí disfrutaban los posmodernos el finamiento absoluto de la modernidad (uso *finamiento* en recuerdo del Heidegger de *Ser y tiempo*: el *dasein* "fina", es decir, "muere"). La muerte de la posmodernidad es también la de la modernidad y esto, sencillamente, se debe a que estamos, no sólo en otro siglo, sino, creo, en *otro* momento de la historia, ni moderno ni posmoderno. ¿Cómo nombrar este *otro* momento de la historia? Ese nombre, si existe, por el momento me lo reservo. Tal vez surja de la exposición sobre las causas que determinaron el fin, todavía escasamente proclamado, de la posmodernidad.

Reflexionemos sobre el modo en que se construye el nuevo "ismo". Todos sabemos que la historia de las ideas y del arte y de otras cosas también se construye apelando al subfijo "ismo". La palabra posmodernismo no es ajena a esa modalidad. Añade el subfijo "ismo" a la palabra "modernidad". Y a esa misma palabra le añade el prefijo "post". Este prefijo, como todo prefijo, no tiene ningún valor en sí mismo. Necesita de una palabra para, antecediéndola, entregarle una diferenciación a su significado anterior. De este modo, la palabra "postmodernismo" tiene como base la palabra "modernidad". A la que le añade el subfijo "ismo" y el prefijo "post". La palabra "posmodernismo" (le quito la "t" por simple comodidad de escritura, sólo por eso) no podría existir sin la palabra "modernidad". Lo que le pasa a la palabra le pasa a la mismísima "posmodernidad" o al "posmodernismo": necesitan de otra cosa de sí para existir. Existen como el prefijo y el subfijo de algo que no son. Lo que no son es la "modernidad". ¿En qué modalidad no lo son? No en la de la ruptura. Algo que es "post" de algo no rompe con ello sino que lo sucede o lo continúa. El problema teórico que se le plantea al posmodernismo es –y aquí más o menos quería llegar– el de la linealidad histórica. Los posmodernos postularán una visión de la historia en tanto fragmentos, una visión caleidoscópica, no tramada por un "gran relato" sino por pequeños relatos, y, por supuesto, discontinua, no sustancial, llena de quiebres y ajena a las persistencias o continuidades. De aquí que el prefijo "post" resulte tan contradictorio con "esa" visión de la historia. Los posmodernos –no bien se nombran– revelan que hay continuidades en la historia. De la modernidad a la posmodernidad. ¿Es ésta una continuidad necesaria? ¿Es una continuidad sustancial? ¿Tiene la historia un sujeto –que en ella se *realiza*– que pasa de una etapa moderna a una posmoderna? ¿Es un paso forzoso de la historia? ¿Es la posmodernidad la negación radical de la modernidad o su continuación? ¿Es su continuación "por otros medios"? ¿Es la superación de la modernidad? ¿Es, acaso, su "superación dialéctica"? De diversos modos, nunca con verdadero talento ni originalidad, los posmodernos buscarán responder estas insidiosas intrigas.

## "POSMOS" Y "PROGRES" EN LA BUENOS AIRES DE LOS OCHENTA

Si los estructuralistas y los posestructuralistas se sintieron condicionados por la posible caída de los llamados "socialismos reales". Por el presentido colapso de la filosofía marxista. Por el conocimiento temprano de los juicios de Moscú, y luego el Gulag, Hungría, Checoslovaquia y Afganistán, los posmodernos trabajan ya sobre realidades históricas *decididas*. En 1976 muere Mao. Y en la Unión Soviética empieza la apertura con Occidente, hasta llegar, en 1989, a la caída del Muro. En 1979 aparece el libro paradigmático del movimiento: *La condición postmoderna*. Su autor es un reconocido fenomenólogo nacido en 1924, tres años antes de *Ser y tiempo*, y asiduo visitante de las universidades de Wisconsin, Berkeley, San Diego y John Hopkins. Es Jean-François Lyotard, cuya muerte, a finales de los noventa (si mal no recuerdo), mereció, en **Página/12**, apenas una columna del talentoso positivista lógico y ferviente admirador de la música de Brückner, Claudio Uriarte: *Se murió el gurú de los posmos*, escribió para indignación de, precisamente, los "posmos", nombre que se les daba a los adherentes de esta corriente, digamos, epocal. Si el existencialismo fue una moda, si el estructuralismo se acercó a serlo, el posmodernismo claramente lo fue y marcó una época. Tenía una ventaja sobre sus antecesores. No requería la angustia de sus adeptos, no buscaba los sótanos, ni las poleras negras, ni se obsedía por la nada, el absurdo de la existencia o su absoluta falta de sentido. No tenía las complejidades teóricas del estructuralismo. Aunque, heredero y plagiario de esta corriente, incorporó a varios de sus representantes como antecesores, lo que obligó a los "posmos" a leer a Foucault, a Deleuze y a Derrida. O a saber algo de ellos. A diferencia del gran maestro del existencialismo, Sartre (autor de gigantismos como *El ser y la nada, Saint Genet, comediante y mártir* o la "imposible" *Crítica de la razón dialéctica*), a diferencia del Foucault de *Las palabras y las cosas* y de los libros gruesos y difíciles de Deleuze y Guattari (pensemos, por ejemplo, en *Diferencia y repetición* de Deleuze, un libro al que hay que dedicarle verdaderamente tiempo y esfuerzo) ninguno de los posmodernos infligió a sus seguidores algún libraco imposible. Fueron libros escuetos, con frecuencia brillantes y nunca escasos de ingenio.

El neo-liberalismo los utilizó y no casualmente. La posmodernidad sucedía a una época, la modernidad, caracterizada por los movimientos revolucionarios, las utopías insurgentes, el sentido de la historia y la fortaleza de las ideologías. De todo esto se postula su muerte. Durante los ochenta (o desde la "primavera alfonsinista") y los noventa se da entre nosotros un enfrentamiento entre "progres" y "posmos". La posmodernidad no hundía a nadie en la angustia ni exigía la entrega o el riesgo de la vida por alguna causa. No había causas. Las "causas" eran típicas de la modernidad. Así, los "posmos" se caracterizaron por una levedad, por una ironía, por un descreimiento que tenía el encanto de esas mujeres que los hombres tanto aprecian: las que dan amor y no exigen compromisos. Las mujeres tampoco los querían. Curiosamente, el sida puso un toque trágico entre tanta liviandad. Vattimo llamará al pensar posmoderno "pensamiento débil". Cundía, también, el concepto omnipresente de lo "light".

Los "progres" reaccionaron. Según ellos, ni las ideologías ni las utopías habían muerto ni morirían jamás. Se echó mano a dos breves poemas de Eduardo Galeano, quien, también en esta coyuntura, como en los setenta con *Las venas abiertas de América Latina*, entregó algunas certezas a los sufridos "progres". Ante la postulación "posmo" de la muerte de la utopía respondió con un poema cuya esperanzadora propuesta radicaba en proponer, aproximadamente, que si uno caminaba dos pasos la utopía se alejaba dos pasos, si caminaba tres, tres, si caminaba cuatro, cuatro, y se preguntaba *¿para qué sirve la utopía*? Y se respondía: *sirve para caminar*. El breve poema tenía la virtud de postular una sustancialidad de la historia. Un telos. La historia tenía un sentido. El sentido de la historia era *caminar*. "Caminar" era el sinónimo de "luchar por las causas de la utopía". Al estar, éstas, en el horizonte y ser inalcanzables, esa lucha era "eterna". Podía perderse, como ahora, una batalla pero, si se seguía caminando, habría de recuperarse lo perdido. Este "caminar" detrás de algo que tironea desde "el futuro" era una versión aggiornada del viejo eslogan "la lucha continúa". Se recuperaba la visión "lineal" de la temporalidad hegeliano-marxista. Caminemos hacia el futuro que allí está la utopía, aunque nunca la alcancemos. Pero no alcanzarla garantizaba lo fundamental: irla *realizando* en la medida en que se la buscaba. Alguien (no recuerdo ahora quién) escribe una obra de teatro que termina con esta frase: "Usted reme, no deje de remar, que ya va a aparecer el río". Había, también, otro poema breve de Galeano que sosegaba los espíritus atribulados de los "progres". Tenía que ver con la "invencibilidad" de la lucha. Ni aun las peores matanzas podían detenerla. Soldados feroces entraban en un poblado. Un viejo añoso tenía un arpa con la que solía acompañar sus cantos. Los soldados matan a todos y se llevan el arpa. El viejo queda solo y ríe. ¿De qué ríe el viejo? El viejo dice: "Se llevaron el arpa pero no la música". La música de la revolución es la música del eterno espíritu rebelde de los pueblos. Nos pueden matar, nos pueden quitar los instrumentos de música, pero la música es *nuestra*. Nunca nos la quitarán. Los "posmos" se reían de estas obstinaciones "progres" y, sin piedad, decían que todo había muerto: la revolución, el marxismo, la historia, la utopía, el testimonio, el compromiso literario, el sartrismo y las ideologías. Estas posturas, que se discutían en los bares de Corrientes, tenían sus fundamentos teóricos. Ni los "posmos" ni los "progres" solían conocerlos bien, pero estaban. Buenos Aires, con su democracia recuperada, era una ciudad llena de vida en los ochenta. La socialdemocracia cundía. Cierta vez (seamos indiscretos: total, todo esto es historia y añade conocimiento), alguien le pregunta a Juan Carlos Portantiero –yo estaba ahí–: "¿Ya no somos más revolucionarios?". Y Portantiero, que redactaría el discurso de Parque Norte de Alfonsín (una verdadera pieza teórica), responde: "Reformistas, y de centro". Si se me permite, voy a acudir a algunos recuerdos que me incluyen: una animadora cultural de nuestra orbe, la insustituible Natu Poblet, tiene que refaccionar su librería Clásica y Moderna. Entre tanto, alquila, en otra parte, un local y me dice: "Le puse 'El rinconcito posmoderno de Clásica y Moderna', ¿qué te parece?". La felicité. En 1988, al fin, se decreta la ley de divorcio. Puedo casarme con mi compañera desde 1980. Hacemos una fiesta en, desde luego, Clásica y Moderna. Redacto la tarjeta de invitación y su texto final decía: "Los novios, con sus respectivos hijos, saludarán en el bar". Me dicen que, al leerla, David Viñas dijo: "Esto es posmo". Una noche salimos de un bar con Miguel Briante. Nos adelantamos al grupo que dejamos atrás (circa 1985). El grupo, si la memoria no me falla (y siempre creo que no), lo formaban Alan Pauls, Daniel Guebel y Martín Caparrós. Venían riéndose fuertemente. Briante me agarra de un brazo y dice: "A éstos les importa un carajo todo". Los escritores Fresán y Forn se sacan una foto con Batato Barea entre ellos. Era la literatura joven homenajenado la "diferencia". Batato era una entrañable travesti, una de las mejores personas que conocí en este mundo, dulce, sufrida. No tardaría en ser víctima del sida. Fresán gustaba agredir a la militancia de los setenta. Decía que se había criado en una casa –la de su padre, el mítico Juan Fresán– a la que iban Rodolfo Walsh, Pino Solanas y otros "grossos" a discutir interminablemente de política. No decía si eso le había impedido tener una infancia feliz, pero todos entendíamos que, en alguna medida, la había deteriorado. Una noche, después de la presentación de un libro, en algún bar o en Filo, dice: "Ah, los setenta. La nieve caía. Todo era triste. Se lo llevaban a Oesterheld". (Sin embargo, un par de años después, concurro a un juzgado porque Lilia Ferreyra, la compañera de Walsh, hacía un trámite para apurar la causa del juicio a sus asesinos y allí estaban, antes que

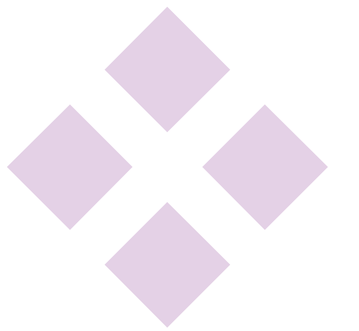
todos, Fresán y Charlie Feiling, un perfecto "posmo" que, trágicamente, moriría demasiado joven cuando tenía mucho por dar.) Ellos eran los "posmos". Nosotros, Briante, Saccomanno, Castillo, Soriano, éramos los "progres". El club socialista inventaba el posmarxismo y la crítica literaria establecía un canon literario que aún, por lo que sé, continúa: Aira, Saer, Piglia. En medio del giro lingüístico, de la deconstrucción derrideana, de los textos rizomáticos de Deleuze y Guattari, de la condena de las novelas "narrativas" y de la abominación del llamado "Gordo" Soriano, una novela, como despótico fenómeno epocal, se impone sobre todas las otras, reduciéndolas a cenizas y ejerciendo una hegemonía impuesta desde las aulas de eso que se llama "Puán" (calle en que se halla la Facultad de Filosofía y Letras). Se trata de una buena novela que se transforma en la "Biblia". Es *Respiración artificial.* "La novela de la academia, no la de la dictadura", dice Jorge Panesi en la "mesas de Alfaguara" que organiza Juan Carlos Martini en 1994. Eduardo Belgrano Rawson publica *Fuegia.* Andrés Rivera, *La revolución es un sueño eterno.* Yo, voy a permitirme decirlo, *La astucia de la razón.* Juan Martini, una novela perfecta: *El fantasma imperfecto*. Roberto Fontanarrosa sigue publicando sus cuentos entre la picaresca, lo popular y lo metafísico. Tomás Eloy Martínez exhibe su prosa desbordante y, con frecuencia, luminosa con *La novela de Perón*. Saer publica *Glosa*. Aira lo que en *El cumpleaños* llamará sus "novelitas". Guillermo Saccomanno, a mediados de los noventa, roza, o más que eso, la perfección con *El buen dolor*. A inicios de los noventa, Jorge Halperín se hace cargo del suplemento de "Cultura y Nación" de *Clarín*, pero el que lo domina es Marcelo Pichón Rivière, quien –tenaz y dictatorialmente aunque entre balbuceos, dado que así, esforzadamente, se expresaba– lleva el canon y las verdades de la "academia" a una difusión apabullante. (No bien lo echaron del suplemento se perdió en la noche inagotable de su mediocridad.) Se idolatra a Borges. A Victoria Ocampo. Y a Bioy Casares. Escritores de la derecha. Laura Ramos, una cronista de esos años, con buena prosa, dice que Bioy es "el hombre más bello de Buenos Aires". La oligarquía tiene el glamour que los tiempos de la despolitización o del franco giro a la derecha le otorgan. Se estrena una obra, mediocre, que une a Eva Perón y a Victoria Ocampo: expresa el compromiso entre el peronismo y la oligarquía neo-liberal que se concreta con Menem. *Cemento* es un insoslayable lugar de "posmos" de todo tipo. Los "progres" tienen a Soriano, que vende mucho, a los poemas de Galeano y a la historia en contra. Luego viene el menemismo. Y la fiesta posmoderna llega a su apogeo. Se disemina el Estado-nación. La "soberanía nacional". El petróleo. Se faranduliza la existencia. Y Buenos Aires, durante el primer quinquenio de la década del noventa, es una fiesta. Desde luego, el presidente Carlos Menem (que era, en sí, un perfecto "simulacro", un muñeco cruel pero construido, sin esencia ni sustancia, que presidía una impecable "sociedad del espectáculo") es reelegido para un segundo período. Paso, ahora, a ocuparme de los filósofos posmodernos. Que, por qué no, lo merecen, aunque la historia los haya castigado tan duramente negándose a fragmentarse, a morir, a adelgazar, a dialectarse, a volverse una transparencia o un simulacro.

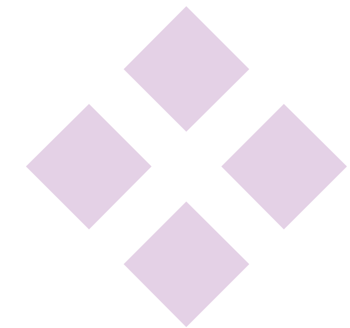
Créanme que no incurrí en un desvío. La narración "epocal" que acabo de hacer ayudará a entender mejor el "clima" que creó la posmodernidad. Vayamos a Michelle Perrot, discípula de Foucault, y colaboradora de un ambicioso intento historiográfico: *Historia de la vida privada*. ¿De la vida privada? ¿A que "moderno" podía importarle la "vida privada"? Nos interesaba la historia de las luchas entre clases, la historia de los Estados, la historia de las grandes batallas, de los "individuos histórico-universales" como los llamaba Hegel, la historia de la Comuna de París, de la Revolución Rusa, del nacionalsocialismo, de la Revolución Cubana. Para la "historia de la vida privada" nos alcanzaba con Balzac, Flaubert, Jane Austen, las Brontë, Dostoievski, Tolstoi, Ibsen, ¡Dickens!, Kafka, Musil, Joyce, el Aldous Huxley de *Contrapunto*, Faulkner y todos los norteamericanos que le siguieron. Pero no: aquí está Michelle Perrot y ya nos explica los fundamentos de lo privado y cómo el surgimiento de una "nueva época" los ha hecho posibles. Prestémosle nuestra esmerada atención, libre de prejuicios, abierta. Luego nos esperan Lyotard, Vattimo, Lipovetsky, Baudrillard, Pier Aldo Rovatti y el "pensamiento débil". Seremos, si no profundos, al menos exhaustivos.

## LA "VIDA PRIVADA" Y LAS "PEQUEÑAS HISTORIAS"

Michelle Perrot le cuenta a François Dosse, en una entrevista personal, que Foucault, antes de llegar al Collège de France, habría deseado ser aceptado, en condición de historiador, en la École des Hautes Etudes. No se lo pidieron jamás. (François Dosse, *Ob. cit.*, p. 288). Pero ella lo apoya con entusiasmo. ¿Quién era Perrot, cómo tenía tanta autoridad como para alentar a Foucault y amainar sus infortunios como historiador profesional? "Michelle Perrot (narra Dosse) es una gran especialista en la historia de los obreros en el siglo XIX antes de ser una historiadora feminista (...) En estos primeros tiempos de la historia de las mujeres a comienzos de los años setenta se trataba sobre todo de exhumar una realidad oculta, de hacer historia de las olvidadas, de hacer visible lo rechazado de la historia. Se comprende que el encuentro entre Foucault, que trabajaba para volver a dar voz a los prisioneros, y Michelle Perrot, a las mujeres, no podía ser más que fecundo" (Dosse, *Ibid*., pp. 288/289. El libro de Perrot y G. Duby es *Histoire des femmes*. Hay edición castellana de Taurus, Madrid, 1991). Si Perrot, con su *Historia de las mujeres*, buscaba hacer visible lo oculto, lo rechazado por la historia, será comprensible que se haya volcado con entusiasmo a un proyecto como la *Historia de la vida privada*. La *vida privada* era también víctima de la "historia", siempre había sido rechazada, o marginada o su insustancialidad era tal que los historiadores ni se preguntaban por qué lo era y daban por descontado que la "historia" pasaba por otro lado. El historiador, dice Perrot, ha vacilado en incursionar en ese terreno, el de la vida privada, "por el respeto del sistema de valores que hacía del hombre público el héroe y el actor de la única historia que merecía la pena contar: la gran historia de los estados, las economías y las sociedades" (*Historia de la vida privada*, tomo VII, Taurus, Buenos Aires, 1990, p. 9. Este tomo VII de la obra está dirigido por Michelle Perrot). Tomemos esa frase: "gran historia de los estados". Toda la posmodernidad está ahí. Sólo con la posmodernidad era posible que se abriera el horizonte de un proyecto como el de Perrot. La "gran historia" correspondía a la narración o al relato típico de la modernidad. La posmodernidad establecerá la modalidad de los pequeños relatos, de las pequeñas historias. La "gran historia" o el "gran relato", lo veremos mejor, es lo que Lyotard señalará como característica del espíritu moderno. También señalará su muerte: la muerte de los "grandes relatos" es otra de las tantas muertes de las tres últimas décadas del siglo XX. Perrot no se empeña por demostrar la "muerte" de nada. Más exactamente, su planteo radica en decir que los "pequeños relatos" estaban sofocados por la imponencia de los grandes. Que ha llegado la hora de llevarlos a la superficie. Sin embargo, avanza en algunas posiciones teóricas que serán de enorme riqueza para nosotros. Perrot señala que había un *umbral* de lo privado, que ante él el historiador se detenía. Ahora no, lo atraviesa. Si lo atraviesa es porque, en verdad, lo que ha ocurrido es que ese *umbral* se ha esfumado, cayó. Cayó el *umbral* como –*con enormes causas y consecuencias filosóficas, políticas, historiográficas e ideológicas*– cayó el Muro de Berlín. El juego entre *umbral* y *muro* es revelador en el análisis de Perrot. Se ha decidido atravesar el *umbral* pero para que se haya decidido "por fin atravesarlo, ha sido preciso que, en virtud de un vuelco de las cosas, lo privado haya pasado a ser algo distinto de una zona maldita, prohibida y oscura" (*Ibid*., p. 9). Lo privado (define Perrot) es "una experiencia de nuestro tiempo" (*Ibid*., p. 9). Tenemos dos conceptos: 1) un vuelco de las cosas; 2) un vuelco que es la experiencia de una temporalidad determinada: la nuestra, dice Perrot, asumiéndola. Y continúa: "En la actualidad, el obrero encuentra en su hogar, cada vez más adecuado, un medio de escapar al ojo del amo y a la disciplina de la fábrica. Y la extensión de los patrimonios, en las sociedades occidentales, no es sólo fruto de un aburguesamiento, sino una forma de lucha contra el frío de la muerte" (*Ibid*., p. 9). ¿No es adorable este texto, no expresa el regocijo de una sociedad consigo misma? ¿En qué maravilloso mundo vive Perrot? El obrero tiene un hogar "cada vez más adecuado". En ese "hogar" (lo "privado") escapa al "ojo del amo". Es libre. Ahí, este feliz obrero de la posmodernidad no tiene amo. Tampoco lo alcanza la "disciplina de la fábrica". (*Nota*: La palabra "disciplina", en Perrot, dice mucho. Ella es foucaultiana. La disciplina es –en el caso de este obrero posmoderno– expresión de la "sociedad disciplinaria" de Foucault, que nosotros, en tanto moradores de América Latina, envidiamos. Ha sido dicho que si la sociedad disciplinaria es la que Foucault describe "la queremos para nosotros": Nancy Fraser, citada por Ramón Máiz, "*If that's discipline. I am for it*", *Ob. cit*., p. 159.) Lo que alcanza al obrero es "la extensión de los patrimonios". Aclara, sí, Perrot, que esto ocurre "en las sociedades occidentales". Algo que no sabemos si nos incluye o no: Videla y los empresarios y los curas que los alentaban hicieron una carnicería en este país en nombre de la "sociedad occidental y cristiana", pero Samuel H. Huntington, en *El choque de civilizaciones*, no incluye a América Latina en "Occidente". Perrot, no sabemos. Pero sí incluye al obrero posmoderno. Esta "extensión de los patrimonios" (o sea: el obrero de las sociedades occidentales se ve beneficiado por una "extensión" de los patrimonios de los amos, cuyos ojos lo vigilan en la fábrica pero no en el hogar) decide un "aburguesamiento" de la clase obrera, pero sobre todo... Ah, este sublime texto de Perrot, ¿deberíamos tal vez emocionarnos al leerlo? Sobre todo, es "una forma de lucha contra el frío de la muerte" (*Ibid*., p. 9). Caramba, qué afortunado es el obrero posmoderno parisino. Qué maravilloso era para Michelle Perrot el mundo a fines de la década del '80, cuando escribió esta *Introducción*. No sospechaba que este "vuelco de las cosas" no era sólo el triunfo del capitalismo occidental, el triunfo de la democracia de mercado, del neo-liberalismo que organizaría, por fin, un "mundo feliz", sino que "otras cosas" se volcarían también, pero no serían "cosas" sino "inmigrantes indeseados", los "bárbaros" que llegaban, no desde la privacidad de los hogares, sino desde los descampados miserables de la periferia empobrecida. Esos obreros "aburguesados" volverían a sentir el "frío de la muerte" en la revueltas de los excluidos, de los escupitados, de los oscuros habitantes de los arrabales de la producción. ¿Qué harán con los bárbaros? Terrible problema: el sistema triunfante en 1989 *no es para todos*. Pero aquellos para los cuales *no es* no se quedan en sus lugares, hambrientos y solos frente al "frío de la muerte", sino que invaden las metrópolis en busca de "los patrimonios", quieren el patrimonio de trabajar, de comer, de escapar de la miseria de sus países urdidos todos por la desesperación y cruzar al universo de la abundancia. Bush hará un muro contra los mexicanos. Y París escuchará con atención creciente a los discípulos de Le Pen. Y Europa se preparará para otra guerra: los bárbaros están ahí, cada vez son más y siguen llegando.

Sigamos con Perrot. Tenemos que apoderarnos bien de esta exaltación de lo privado. Porque –por decirlo ya– el terrorismo y la bar-





barie inmigratoria-indeseada y la globalización y el acontecimiento histórico-universal de las Torres Gemelas acabaron con la posmodernidad, pero –para entender a fondo ese cambio– tenemos que entender cómo interpretaron el *otro* cambio (la caída del Muro, del *comunismo soviético*) las sociedades de Occidente. Esto, además, nos permitirá inteligir el *impacto brutal* que fue para ellas el fracaso de las políticas económicas neoliberales (que no incluyeron, que generaron una "nueva barbarie", cada vez más incontrolable y que se expresa, además, por medio del terrorismo) y la imposibilidad de controlar un mundo cuya única "globalización" es la de la multipolaridad nuclear. En suma, nuestra tesis es: el posmodernismo expresa la visión que Occidente tenía de sí antes (sólo un poco antes: una década o más), durante y después de la caída del comunismo. Esa "visión" era la apoteosis, en algunos casos, o la expresión inteligente, en otros, de una liviandad de las cosas, de una *ontología débil,* de un estado de insustancialidad plural, democrática. De una levedad. De una historia infinitamente multiple que, si no moría, al menos se adelgazaba, se tornaba transparente y, sobre todo, inmodificable. Aunque no ("inmodificable") porque fuera resistente a alguna fuerza que buscara transformarla. Nada de eso: era inmodificable porque ya nadie querría transformarla. Viviríamos para siempre en esa historia cristalina, multiplural, de dialectos infinitos que confraternizaban. Pero dejemos, aquí, de adelantarnos. Todavía Michelle Perrot tiene la palabra. Esa palabra es la de una época, la de una modalidad de la historiografía (la "historia privada") y la de un "vuelco de las cosas" que se creyó inmodificable, acaso eterno dada su excelencia, su acabamiento. Y muy especialmente por la dimensión inagotable de la derrota de sus enemigos. Que eran los viejos enemigos de la "sociedad abierta" que, ahora sí, no habrían de retornar jamás. La sociedad posmoderna se define también –aunque no *desde* ella sino desde quienes ahora la observamos críticamente– como un discurso propagandístico que se cree a sí mismo. No parecían decirse: "Digamos que somos eternos y que somos el fin en el modo de la levedad insustancial para convencer a todos y que todos acepten estos postulados, que tal vez sean ciertos o no, pero son los nuestros". No: se creían a sí mismos como si fueran groseros fundamentalistas. Nunca una filosofía que pretendió tener una visión no sustancial de la verdad (en tanto la tornó *simulacro* o la diseminó en fragmentos múltiples) se creyó tan directa, unívocamente verdadera. Fue, así, tuvieran o no conciencia de tal cosa sus filósofos, antes la bandera publicitaria de un sistema que un pensamiento. Avancemos.

## CARLOS MENEM, EL FILÓSOFO-SIMULACRO DE LA BULLICIOSA POSMODERNIDAD ARGENTINA

El siguiente texto de Perrot (en esta *Introducción* al Tomo VII de la *Historia de la vida privada*, que, a medida que avanzamos en él, y aunque ya estemos por dejarlo, nos asombra por su insuperabilidad posmoderna) habla del fin de las ideologías y de su reemplazo por la "exaltación de los particularismos y las diferencias" (*Ibid*., p. 9). Lo de la "muerte de las ideologías" ya mueve a risa. A esta altura de los tiempos, en que las ideologías han sido reemplazadas por los fundamentalismos y esos exquisitos particularismos, esas dulces, democráticas diferencias (que habían sido "exaltadas" para ser "respetadas" por la democracia de libre mercado) han sido brutalmente barridas por la maquinaria bélica globalizadora de la "guerra preventiva" del Imperio, podemos lamentar la caída de ese mundo de tolerancias y expansión de los beneficios del mercado que ha producido el rugiente siglo XXI. Ya hacia finales del veinte todo esto había colapsado, pero era necesario que el Gigante mostrara su nueva bandera: la Guerra contra el Terrorismo no tiene fronteras. El mundo entero se ha vuelto sospechoso. Perrot, aún la tenemos aquí: en los finales de los dulces '80, dice que lo "que ahora cuadricula las sociedades no son tanto las clases englobantes, cuanto las categorías de edades y sexos, o las variantes étnicas y regionales". No hay lucha de clases. No hay esa cosa desagradable, "englobante", que son las "clases", con su apestoso aliento a siglo XIX, historicismo, marxismo y masas insatisfechas e insurgentes. No, antes que en clases las sociedades se dividen en "edades y sexos". O "variantes étnicas y regionales". El viejo "motor" marxista-leninista "de la historia" ha cambiado. "El movimiento femenino insiste en la diferencia de los sexos como motor de la historia" (*Ibid*., p. 10). Los disparates, las incongruencias teóricas de Perrot son graves, o, digamos, algo idiotas. Si el "movimiento femenino" quiere ser "el motor de la historia" se ha acordado tarde de serlo, dado que el famoso "motor de la historia", por la obra de, justamente, estructuralistas, posestructuralistas y posmodernos, está muerto. O eso han decretado quienes decretaron la "muerte de las ideologías", de los "grandes relatos" y la historia sustancial. Por favor, ¿qué es eso del "motor de la historia"? ¿Qué es la historia? ¿Un tren, una Ferrari, un avión, un misil? ¿Por qué las feministas quieren ser "el motor de la historia", algo que ya los hombres no desean ser, por qué quieren recoger las sobras del banquete muerto de la modernidad? "La juventud –sigue Perrot–, se piensa sí misma como un grupo aparte y se da una singularidad vestimentaria y musical." Es cierto: los jóvenes son "un grupo aparte". Nadie los entiende ni ellos entienden a nadie. La brecha entre jóvenes y adultos o entre padres e hijos es inmensurable, monstruosa. Perrot sigue: "El yo (...) afirma su fuerza y su facundia". Esto lo va a desarrollar Lipovetsky, este "cuidado de sí", esta "ética indolora" del hombre posmoderno. "Los procesos de sectorización (sigue Perrot), de disociación, de diseminación, parecen hallarse por todas partes en plena actividad" (*Ibid*., p. 10). Apareció la palabra más poderosa del posmodernismo: *diseminación.* Junto con *deconstrucción* marcan el espíritu de una época. En la academia anglosajona y en la nuestra (atrasando casi siempre) aún tienen vigencia y un bajísimo nivel de autorreflexión. El mínimo acto de preguntarse: *¿servirá todavía esto*? Pero esas palabras son una bandera de lucha contra el "totalitarismo" marxista. "Ah, no", me dijo una profesora de no sé qué universidad norteamericana, "yo emigré a Estados Unidos huyendo del régimen de Milosevic. No uso esa palabra. Uso 'diseminación'". La palabra ésa la había usado yo y era "totalidad". Milosevic, que era, desde luego, un carnicero comunista como hubo tantos, la había arrojado en manos de la *diseminación*. Era una mujer de talento, pero pensaba estrictamente a partir de lo que la vida le había deparado. Tan "totalizador-totalitario" había sido Milosevic con ella que ahora lo deconstruía, lo diseminaba todo. Como fuere, la diseminación y la deconstrucción son conceptos centrales de la posmodernidad. Perrot nos va a entregar su último texto. (*Nota*: El último que vamos a utilizarle, después ella sigue diciendo otras cosas y todas expresan la respiración de una época: fines de los '80, gloriosa caída del Muro, la toma de la Bastilla del capitalismo del siglo XX, la Segunda Gran Revolución Burguesa, la Democracia y el Mercado adueñándose de una historia, que, dicen, ha muerto. ¿Cómo no habría de morir la historia si se proclama la eternidad del mercado? Lo eterno no tiene historicidad. Este juego entre eternidad del sistema y una filosofía que desea expresar –enfrentándose a las filosofías totalizadoras de la modernidad– la muerte de todo lo sustancial, de todo lo *sólido*, acabará resolviéndose a favor del sistema. Barrerá con todo lo diseminado o lo recogerá en sus entrañas blindadas transformándolo en tropa propia.) Hay, en él, una palabra que nos traerá malos recuerdos. Porque la "privatización de la economía" avanzará o retrocederá algo, pero entre nosotros quedará ligada a un personaje que –no creo que con ternura– Eduardo Aliverti llama "la rata". Acertaron: Carlos Menem, el privatizador, el más grande posmoderno de la Argentina. Lo supiera o no. Perrot habla de "la privatización de las costumbres" (*Ibid*., p. 10). Habla, también, de la "individualización". Y las considera "tendencias de larga duración y de alcance fundamental" (*Ibid*., p. 10). En resumen, el esquema se arma como sigue: Totalización= Estado, Estado totalitario, concentración de la economía, primacía de lo masificado sobre lo individual, ideología única, dogmática, grandes relatos, el gran relato marxista del Estado totalitario, historia de los grandes Estados, de las grandes economías, de las clases englobantes, etc.

Privatización= vida privada, muerte del Estado-nación o del Estado totalitario, diseminación de los procesos sociales, muerte de las ideologías, auge de los pequeños relatos, el hogar y no la fábrica, exaltación del yo (en tanto individuación), diferencias de género y etnia.

Hay muchas otras caras de la "condición posmoderna" que iremos viendo. Pero, ¿no es llamativo que Perrot utilice la palabra "privatización" para expresar la hegemonía que, ahora, a partir de los '80, tiene la historia de la vida privada por sobre la historia de los grandes acontecimientos, los Estados o los grandes hombres y las grandes batallas? La *Historia de la vida privada* responde a una "privatización" de las costumbres que se expresa también en una privatización de la economía. No quiero decir con esto que la economía siga funcionando como "determinación en última instancia", no, caramba, soy un hombre de mi tiempo, sé que eso es marxismo o incluso, pero también impresentable, el marxismo althusseriano de *Lire le capital*, que, pese a pontificar –ya en su página 13 de la histórica edición de François Maspero– que lo "científico" de Marx era *El capital* y lo "ideológico", lo "no científico", la basura, en fin, "humanista", se hallaba en los *Manuscritos del 44*, pese a estar, en suma, contra el "humanismo" como todo heideggeriano que se precie lo está (y los posmodernos son tan hijos de Heidegger como los estructuralistas y los post, y de Nietzsche también), no abandonaba, Althusser, esta vieja peste marxista de "la determinación en última instancia de la economía", herramienta que vengo a (según parece) seguir utilizando en esta primera década del siglo XXI para decir que la "privatización" de la historia y la "diseminación" de los grandes relatos y la "deconstrucción" de la totalidad que emprenden los posmodernos son hijas dilectas, impecables y, si se me permite, cortesanas del dogma neoliberal de "privatización de la economía" que se realiza entre nosotros, en esta periferia que sólo puede producir subfilósofos periféricos empedernidos, impenitentes, adeptos a sinonimias bastardas, bajo la presidencia del campeón del simulacro, del genio de la diseminación del Estado, del artista supremo del adelgazamiento del país, del hacedor triunfal del pensamiento débil latinoamericano y de la ontología débil argentina y comandante en jefe de la privatización de la economía nacional, Carlos Saúl Menem, el gran filósofo posmoderno que supo conseguirse nuestra patria.

Otros filósofos, que no fueron presidentes de sus países, que no ejercieron la extravagancia como sistema, que no jugaron al tenis con Bush padre, que no fueron vehementes, empeñosos Casanovas, que no fueron reelectos tres veces por el pueblo cuya economía, adelgazándola como, veremos, Gianni Vattimo sólo se propuso hacerlo con el "sujeto", llevaron a la ruina, serán convocados para que nos digan algo más sobre un evento tan intenso y tan efímero como fue la posmodernidad. Habrán de ser, principalmente, Lyotard, Baudrillard y el recién mencionado (un gran promotor del posmodernismo) Gianni Vattimo.

Hacia ellos nos dirigimos.

**el próximo domingo**
**CLASE N° 47**
**EL FIN DE LA POSMODERNIDAD (II)**